

PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 16 / Diciembre 2018

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

DIRECTORIO

Dr. Francisco Javier Avelar González
Rector

Mtro. José Luis García Ruvalcaba
Decano del Centro de las Artes y la Cultura

Mtro. Ricardo Orozco Castellanos
Jefe del Departamento de Letras

Dr. José Trinidad Marín Aguilar
Director General de Difusión y Vinculación

Mtra. Martha Esparza Ramírez
Jefa del Departamento Editorial



Imagen de portada:
3ruja, Kevin Rodríguez Sandoval (Blackout)

PIROCROMO

Editora:

Montserrat González Rodríguez

Editora adjunta:

Xóchitl Barrientos Díaz de León

Consejo editorial:

Alejandro Román de la Torre
Alberto Sustaita Muñoz
Ana Patricia Trujillo Esparza
Edna Rubí Sánchez Alvarez
Javier Ojeda Ojeda
Luis de Jesús García Oviedo
María Fernanda Sánchez Morales
Valerie Anaya Ruiz Esparza

Consejo consultivo:

Dra. Adriana Álvarez Rivera

Diseño gráfico

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González
L.D.G. Teresa Quintana Rivas

Contacto

revistapirocromo@gmail.com
www.facebook.com/pirocromo
https://instagram.com/revistapirocromo
www.twitter.com/PIROCROMO

*Pirocromo es una publicación universitaria sin fines de lucro. Todas las obras presentadas son propiedad de sus respectivos autores.

ÍNDICE

Editorial

3

Dossier Miedo

> NARRATIVA

Elena

La voz del silencio

6

Atentamente:

Karla Gabriela Tornero Solís

16

El llanto de la Damasquina

Abraham Cortés Regalado

30

Lo que ella quiso

Enma Ai

37

Lumière

Avelina

46

> POESÍA

Una de esas noches

La voz del silencio

22

Miedo

Ma. Isabel Rodríguez

41

> TRADUCCIÓN

Una gota

Flor Lizeth Zacarías Moreno (Losh)

26

> IMÁGENES

Índice de imágenes

50





EDITORIAL

PIROCROMO

3

#16 MIEDO

El *miedo*, una emoción tan humana y básica que siempre ha estado allí. Desde niños, lo real o imaginario puede provocarnos temor; cuando grandes, los escalofríos continúan recorriendo cada parte de nuestro cuerpo y el aceleramiento de nuestro corazón parece imposible de frenar ante situaciones reales, como el acoso, o en el mundo de lo paranormal, donde los espectros atemorizan nuestra mente.

El miedo habita en la muerte, en la oscuridad, en lo desconocido, en el futuro, en el odio e incluso en el amor. El miedo crece, se expande, vive en cada rincón y aparece en los mundos oníricos de cada ser. Su dominio puede destruirte o hacerte más fuerte. La parálisis que te provoca te hace querer huir o quizá luchar, aunque ello depende de si estás dispuesto a que “eso que te reblandece las piernas, descontrola tus dedos y hace castañear tus dientes” te hunda en un profundo abismo de pavor, susto, terror, espanto, horror, pánico y todas las palabras y sensaciones hermanas del miedo; o si estás decidido a no dejarte vencer. El miedo puede presentarse como nuestro peor enemigo, una completa limitante, una cadena que nos ata al árbol más grande y desolado, aunque también puede enseñarnos, fortalecernos, llenarnos de inspiración y estremecer cada sentido.

Los monstruos bajo la cama, el fantasma del armario, la temible oscuridad y la bruja en la ventana, crecen, todos ellos lo hacen, se convierten en temores jóvenes, adultos y ancianos; crecen y pareciera que no tienen la mínima intención de abandonarnos, y que en realidad se disfrazan o se convierten en otros miedos grandes o pequeños, miedos compartidos o únicos. Ahora nos los topamos en el *miedo* mismo, en lo que pudiera pasar en *Una de esas noches*, en la particularidad de *Una gota*, en *Lumière*, sí, en esa luz de la que a veces carecemos. Lo encontramos en *El llanto de la Damasquina* o en cualquier otro tipo de llanto; en los delirios o en “sonidos nocturnos inexplicables, en fantasmas, en demonios reptando por las paredes mientras grillos ahogados resuenan en sus entrañas” (*Atentamente*), en el miedo que sintió *Elena* cuando se mudó sola a un nuevo departamento y fue acosada por su vecino, cuando se dio cuenta que nadie le creería y que su miedo no se iría jamás sin ella; y en “una vida sin horrores que hagan temblar tus piernas o aceleren tu corazón. Donde los monstruos de ti se abstengan, y encuentres sólo obscuridad en las tinieblas, sólo resplandor en la luz; ni sorpresas, ni misterios que incomoden tu espíritu” (*Lo que ella quiso*).

El *miedo*, una emoción tan humana y básica que siempre ha estado allí, ahora habita las páginas de PIROCROMO para que tú, lector, lo recuerdes, lo revivas a partir de la pluma e imaginario de nuestros escritores, y lo sientas a través de la imaginación y vivencias de artistas gráficos que han venido a mostrarnos qué es el miedo.

La editora

Mr.Pulp presenta:

El Extranjero de H.P. Lovecraft



Y SIN EMBARGO EN MI NUEVA Y SALVAJE LIBERTAD,
EL OLVIDO ME HA DADO LA CALMA,
NO IGNORO QUE SOY UN EXTRANJERO.



UN EXTRAÑO A ESTE SIGLO Y A TODOS LOS QUE AÚN SON HOMBRES. ESTO ES LO
QUE SUPE DESDE QUE EXTENDÍ MIS DEDOS HACIA ESA COSA ABOMINABLE SURGIDA EN
AQUEL GRAN MARCO DORADO;



DESDE QUE EXTENDÍ MIS DEDOS Y TOQUÉ UNA FRÍA E
INEXORABLE SUPERFICIE DE PULIDO ESPEJO.



Elena

La voz del silencio

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

Llegué a un departamento con la luz blanca que sólo prenden en las noches para ahorrar. Soy nueva en el lugar; nadie pretende darme la bienvenida, de lo cual no me quejo porque no entiendo el afán de predicar cariño por gente que aún no conocemos. Además, mi generación es, probablemente, una de las más desconfiadas que han existido. Tenemos la costumbre de cuestionarnos todo, y ni siquiera como grandes pensadores o filósofos; al menos aquí, en mi país, nos cuestionamos de dónde viene la carne del taco en nuestras manos; irónicamente, es algo que pensamos mientras masticamos. Nos cuestionamos la edad de la maestra, cuánto le pagarán, y a veces, si habrá terminado la prepa virgen; aun así, le hablamos como si le guardáramos respeto... ¿Cómo lo sé? Porque he sido alumna y soy maestra. Nos cuestionamos, por ejemplo, si en este departamento hay asesinos, drogadictos, prostitutas, familias disfuncionales, ancianos o algún muerto entre las paredes.

Busqué al arrendador en su oficina, y de paso noté que el edificio tenía manchas de humedad y grietas en las paredes pero, como sólo pensaba en llegar a casa para dormir, no me importó, sobre todo porque la renta era excesivamente barata: 3,500 pesos mensuales, con agua, luz e internet incluidos. Cuando toqué la puerta, escuché la voz de un fumador al otro lado, quien tropezó con el escritorio y la abrió con una energía nerviosa.

—Pásele, pásele, con confianza, nomás que ahí disculpe el desorden. ¿Usted es Elena? Viene por su llave, ¿verdad? —Lo miré mientras buscaba la llave en un cajón revuelto.

—Sí, ¿usted es el señor Héctor?, ¿el dueño?

—Sí, sí, mucho gusto... Mire —tendió su mano con la llave en la palma—, eran dos copias, pero el inquilino anterior perdió una...

Salí de la oficina con mi equipaje sobre el hombro. Mi departamento estaba en el segundo piso, “con excelente vista”. A mitad de las escaleras me topé con personas, quienes seguramente eran mis vecinos: un grupo de cuatro muchachos que se quedaron mudos en cuanto me acerqué; caminé entre ellos, temiendo golpearlos con la maleta y susurrando “permiso”, pero con ganas de decirles lo mucho que estorbaban, platicando en un lugar tan angosto. Una vez que los dejé atrás, sentí cómo ellos subían también, lo ignoré. Saqué la llave y aunque entraba en la chapa, no podía darle vuelta, “me lleva la...”, pensé.

—¿Le ayudo? —dijo uno de los muchachos. Parecían haberme seguido.

—No, gracias...

—Es que tiene su maña, ése era mi depa. —Se acercó y me movió para abrir la puerta. Metió la llave con fuerza, levantó la puerta unos centímetros y la abrió en segundos. —Ahí ta’ —dijo con satisfacción.

—A ver... espérame, ¿éste era tu departamento?

—Simón, pero me quedó chiquito. —Su sonrisa pedante empezó a asquearme; eso y que no dejaba de verme los pechos.

—Tú eres el tipo que perdió la otra llave, y ahora resulta que eres el único que le sabe a la “maña” de mi puerta. ¿Tienes la copia?

—¡Uy! Relájese, amiga, yo nomás quería ayudar.

—¿Tienes la otra copia? ¿Sí o no?

—No, sabrá Dios dónde quedó.

—Bueno, nada más te aviso que voy a cambiar la chapa. —Sus amigos rieron entre dientes, y se retorcieron como gusanos mientras veían la escena.

—Pos uste’ sabrá, muy su problema. —También él se rio mientras me daba la espalda.

Entré a mi departamento, me asomé por la mirilla y los vi subir las escaleras. Tomé mi celular y llamé a mi madre, pero no respondió. Entonces llamé a Valeria, mi hermana.

—¡Weeeey! Me traías con el pendiente, ¿ya llegaste? —Me reí mientras la escuchaba.

—Ya, ya hasta me instalé. ¿Dónde anda mi mamá?

—Fue al mercado, ya sabes que ahí nunca contesta, que porque se lo roban. Oye, pero cuéntame, ¿cómo se ve el lugar? ¿Qué tal los vecinos?, ¿y las vecinas?, pero primero los vecinos. —Volví a reír.

—¡Qué bárbara...! Pues, ya conocí a algunos, pero aparte de feos, me quedaron ganas de ponerle una tremenda cachetada a uno de ellos. Y luego no podía entrar a mi depa porque la chapa anda mal; me ayudó este tipo a abrir, pero resulta que él antes vivía aquí, en mi departamento, y aparentemente falta una copia de la llave; sospecho que él la ha de tener por ahí, y seguro hoy la va a buscar porque se la exigí.

—Ay, Eli, ¿ya tan pronto con broncas? ¿Y estás segura?, ¿no andarás nerviosa? Porque dicen que todo por allá es medio agitado y capaz que él venía en buen plan.

—Pues igual mañana hablo con el arrendador, porque no, no me siento cómoda. Vale, deja desempaco, dile a mi mamá que después le llamo, pero que llegué bien.

Observé el departamento, noté que también mis paredes tenían grietas. Era un lugar pequeño, pero había una cocina, tenía mi propio cuarto, una sala pequeña y un baño completo; todo era gris azulado y la “excelente vista” me la tapaba un edificio de quince pisos. Después de desempacar mi maleta con tres vestidos, cinco pantalones, y como diez blusas, me serví un cereal, revisé mi horario de trabajo y me fui a dormir.

Me desperté por el sonido de un portazo; me quedé quieta unos segundos, miré a mi alrededor para buscar con qué defenderme, tomé un tacón de mi clóset. La puerta de mi habitación estaba abierta, y yo nunca duermo con la puerta abierta. Traté de llamar a emergencias desde mi celular, pero como temblaban mis manos, no podía poner la contraseña para desbloquearlo. Corrí a prender la luz de la sala y observé el diminuto departamento; nadie podría esconderse ahí, no había espacio. Me relajé un poco, dejé el tacón y me acerqué a la puerta de la entrada, estaba sin seguro.

—¡Hijo de la chingada! —dije presionando mi mandíbula. Cerré con seguro y puse una silla para escuchar, por lo menos, cuando alguien entrara.

A la mañana siguiente, el arrendador me encontró esperándolo fuera de su oficina. Mis clases empezaban a las 8 de la mañana y el arrendador llegó a las 7:30 a.m., cuando su horario decía que se encontraba disponible las 24 horas.

—Buenos días, Elena, ¿qué necesita? —dijo mientras me hacía a un lado para abrir su oficina.

—Buenos días, Héctor, me temo que le traigo una queja... y de paso una petición. Me parece que el contrato incluye el mantenimiento de mi departamento, ¿no?

—Así es, tome asiento, por favor.

—No tengo mucho tiempo, Héctor. Me gustaría que cambiara mi chapa, que no funciona. Y además, ayer se me metieron —esa última oración delató mi coraje en su totalidad.

—Ah, caray, ¿cómo que se metieron? ¿Quién? —Mordí mi lengua para contestar con cortesía.

—No sé, Héctor, pero sospecho que fue el inquilino anterior, el que tiene la copia que se perdió.

—¿Armandito? No, ¿cómo cree? ¿Ya lo conoció? Es muy buen muchacho, ¿lo vio en su departamento?

—Sí, a eso me refiero; cuando lo conocí, él fue el que me abrió la puerta... no lo vi anoche, pero es el único que sabe abrir.

—Ah, ¿ya ve?, la estaba ayudando, no veo el problema... ¿Le robaron algo?, ¿le hicieron algo? —Llevé mis manos a los bolsillos para no golpear algo o arrebatarle su peluquín.

—No, no se llevaron nada ni me hicieron nada...

—¿Y estaba dormida? A lo mejor lo soñó. —Quería llorar.

—De todas formas la chapa no funciona, y me gustaría que la cambie.

—Claro que sí, en cuanto tenga un tiempcito llamo al cerrajero. —Sonrió, yo asentí y le di la espalda. Cerré la puerta detrás de mí y al inicio de la escalera había una señora muy anciana riendo.

—Eres nueva, ¿verdad? —Me preguntó con una mirada burlona y una ceja alzada, mientras subía las escaleras.

Llegué a mi trabajo a las 9 a.m. con una mancha de café en mi blusa y sudando, buscando a quién culpar por la congestión del metro. Algunas maestras me ayudaron, de mala gana, a llegar con la directora. Me dio mis horarios, mis listas, me indicó mis aulas, etc. Me dio una advertencia con respecto a la puntualidad, “pero te la voy a pasar porque no todos dominan la ciudad a la primera”.

Al finalizar la jornada, mis uñas estaban hechas trizas, no había dormido nada y no tenía idea de cómo volver en metro. Sonó el timbre, los niños me entregaron sus trabajos y se retiraron; me quedé sentada un rato observando el salón y la presión en el pecho aumentó; era un



POR MARÍA PAULA HINOJOSA REYES

- EL MIEDO ES UNA CASA SIN VENTANAS -

El miedo es una casa sin ventanas, María Paula Hinojosa Reyes.

ambiente agradable, los niños eran amables, las paredes eran amarillas y había dibujos por todas partes. Tenía miedo de volver a casa, quería dormir en ese salón. Lloré.

Cuando volví al departamento, Héctor no estaba; subí al primer piso y me encontré a la señora de la mañana.

—Disculpe, ¿ha visto a Héctor? —Ella sonrió.

—M'ijita, ¿ya viste esas grietas? El edificio se cae en pedazos, ¿y crees que Héctor va a arreglarte una chapa?

La señora bajó las escaleras despacio, mientras que yo subí a mi departamento. Una vez arriba, encontré a Héctor con un hombre revisando mi chapa; sonreí, hasta que el hombre se puso de pie y vi que era Armando.

—¿Qué pasa? —Me acerqué enérgica, tronando los tacones con más intensidad de la necesaria.

—Pues Armandito ya le anda arreglando la chapa. —Le dio unas palmadas en el hombro.

—No, no ¡Le dije que quería un cerrajero! —Mis labios, mis manos y mis párpados temblaban un poco.

—Armandito es cerrajero, Elena. —Le sonrió. Armando miraba mis piernas, mi blusa llena de café, mis labios, y yo quería escupirle en la cara.

—No se apure, yo le cuido... la casa —dijo Armando, y Héctor rió y se despidió. Yo lo seguí.

—Héctor, quiero otro cerrajero, que el pendejo de “Armandito” no ha hecho otra cosa más que estar chingando desde que llegué.

—A ver, Elena, el contrato dice que debo arreglarle el departamento, y con Armando me sale regalado —encogió los hombros—. Ahorra sí que... si no le gusta, ps'... páguese un cerrajero uste'.

—Yo no voy a estar aguantándole sus trucos de estafador, a mí me da lo que me promete, un cerrajero calificado, o me largo de aquí.

—Ay, sí. —Cruzó los brazos—. Y me imagino que va a pagar la pena convencional del contrato, ahorita que no lleva ni un día trabajado; porque yo le estoy cumpliendo con un cerrajero.

—¿Y las grietas qué? ¿Cree que soy estúpida? —Él chasqueó la lengua.

—¿Qué tienen? Son de pintura, el edificio es bien sólido. Con su permiso, Elenita, que ya me tengo que ir. —Una vez más, me hizo a un lado y salió del edificio.

Subí a mi piso, estaba segura de que la impotencia había generado un tic en mi ceja. Armando seguía hincado; decidí vigilar cada uno de sus movimientos hasta que se marchara.

—Yo tuve una morrita que se llamaba Elena —dijo mientras trabajaba. Lo ignoré—. Estaba bien buena; muy chiquita, me llegaba como al hombro, pero tenía un cuerpazo... —Con sus manos simuló la forma de sus pechos.

Inconscientemente me rascaba la nuca y tiraba de mi cabello.

—Hasta eso usted está más guapa... —Aún me daba la espalda, miré alrededor; el pasillo estaba vacío y no había ruido en otros pisos—. Más guapa y hasta más alta.

Se acomodó de manera que pude ver su perfil mientras seguía revisando la chapa; me fue imposible ignorar que su miembro sobresalía debajo del pantalón; tomé mi celular y fingí llamarle a alguien... sólo fingí. Al verme hacerlo, Armando se puso de pie de inmediato.

—Ya estuvo, ya nomás no la fuerce. —Se acercó a darme la llave y yo no “colgué” el celular.

—¿Carlos? Hola, ¿puedes venir? —Armando sonrió.

Se acercó más, aún con su miembro sobresaliendo, extendió la mano, tomó mi celular a la fuerza, traté de arrebatárselo, rasguñé su cara, se quejó, un “pinche puta” salió de su boca y opté por alejarme; alzó mi celular y me mostró que lo tenía al revés.

—¿Carlos? Te imaginas a tus novios como te imaginas a la gente que se mete a tu casa, ¿verdad? ¿Eh? ¿Tan urgida andas?, ¿quieres llamar la atención, putita? ¿Elenita? ‘horita lo arreglo... —Me provocó náuseas.

—¡Dámelo, dámelo y lárgate o te juro que me pongo a gritar! —en ese momento bajó un hombre del tercer piso; parecía que llevaba prisa, así que aproveché su presencia para tomar mi celular y entrar a mi departamento.

Cerré con rapidez y, tras fijarme por la mirilla que Armando se fuera, terminé de destruir mis uñas; mordí hasta la cutícula sin fijarme en la sangre que empezaba a brotar. Tomé pastillas para dormir, un

poco de té para calmarme; llamé a Valeria, pero no respondió, así que le dejé un mensaje contándole todo. Sentí hambre, pero la idea de salir me dio náuseas; traté de distraerme con mi computadora, lloré sobre el teclado, hablé con algunos amigos por mensaje; finalmente me fui a dormir. “Mañana me largo, no sé cómo le voy a hacer, pero mañana me largo”, me dije a mí misma.

Pero no hubo mañana; quizá si no hubiera tomado las pastillas para dormir, hubiera escuchado a alguien entrando en la madrugada; si hubiera escuchado a mi intuición; si no lo hubiera rasguñado, si lo hubiera reportado... Quizá si nunca hubiera dejado mi casa, a mi mamá o a mi hermana, probablemente en los periódicos no se leería: “Encuentran mujer violada y asesinada a golpes”.

El artículo tiene un comentario de Héctor donde jura que nunca le dije que mi chapa estaba mal. Dicen que fue mi ex novio, que tras entrevistar a mi mamá, saben que él y yo no quedamos en buenos términos. Nadie sospecha de Armando, sólo Valeria, a quien tacharon de loca porque Armando ni siquiera es cerrajero. Dicen que me hubiera quedado en casa, que era muy joven para vivir sola; que es mi culpa por no ver lo obvio: “el edificio se ve de mala muerte y de todas formas se quedó”.

Una semana después el edificio se derrumbó. Héctor no estaba en él, pero le llovieron demandas. Armando murió, y los inquilinos que lo conocían ahora le llevan flores cada mes; inquilinos que no me molesté en conocer, ni ellos a mí.



Natura silente vigila, Will Wilson.





Atentamente:

Karla Gabriela Tornero Solís
Lic. en Letras Hispánicas UAA, 4º semestre

De noche, sin luz, no puedes ver nada: tu mente sí.

PIROCRÓMO
16
#16 MIEDO

El terror se está desgastando. Todo es oscuridad, todo es cuerpos desgarrados y demonios y fantasmas. Dime tú, ¿qué te da pavor? ¿Lo irreal? ¿Lo muerto? ¿Lo solitario? ¿Cuánto miedo te puede dar la risa de un niño a mitad de la penumbra? ¿O ver a alguien que atraviesa los faros del auto y nunca encontrar el cuerpo después? ¿Qué te da miedo? Quizá sentir una mano recorriendo tu espalda y recordar que allí no hay nadie más, o que te llamen por tu nombre y una silueta se esconda de tus ojos. ¿Qué es lo que más te ha asustado en la vida? Detente a pensar.

Imágenes cadavéricas, el cuerpo en aquel accidente de tránsito del que no despegaste la mirada, la carretera nocturna con sus hipnóticas sombras veloces... Piensa, quiero que pienses en la imagen que más terror te provoca: ¿la tuya propia frente al espejo, ojerosa y palidecida por la oscuridad en tu habitación? (Y, detrás de ti, se mueven los demás casi imperceptibles). Eso, o la figura de alguien que descansa en las escaleras mientras la cuerda pende del barandal. No evoques lo que más terror te da ni cuando estés mirando la escalera, no lo evoques manejando, ni en solitaria penumbra. No lo llares, no me llares a mí: podría estar esperando a que decidas darte la vuelta (date la vuelta, date la vuelta, date la vuelta). Ni siquiera intentes buscarme en el espejo porque éste refleja lo tangible y a mí sólo tu mente me puede ver.



Puedo ser la figura esperando a que despegues los ojos de la pantalla, la que te obligue a encender la luz y a arrancarte los audífonos de los oídos. Será mi voz la que te diga “deja de temblar”. Será mi orden la que te ponga frente al espejo, seré yo el que te mire a través del cristal, el que espíe tu reflejo en la oscuridad antes de que logres llegar al interruptor. Seguiré tus pasos. Seré esa figura de porcelana que mires de cerca y estaré gritando por dentro (tal vez, tal vez puedas escucharme). Me esconderé en el resquicio de la puerta y te llamaré con la sola presencia mía. Seré figuras de humo, de sombras que jueguen a esconderse entre los muebles de tu casa.

¿Qué te hace delirar? He de convertirme en sonidos nocturnos inexplicables, en fantasmas, en demonios reptando por las paredes mientras grillos ahogados resuenan en sus entrañas. Seré animales muertos en tu jardín, seré el primer cadáver con el que te encuentres y estaré al borde de tu cama cuando una pesadilla te despierte. Cuéntame, aunque tus ojos no me vean. Dime qué te da pavor cuando la tarde esté muriendo.

Podré encontrarme contigo esta noche, sólo te pido, amablemente te pido, que no enciendas la luz.



BLACK/05



¡Huye!, Kevin Rodríguez Sandoval (Blackout).





La niña en la escalera, Kevin Rodríguez Sandoval (Blackout).

BLACKOUT



Una de esas noches

La voz del silencio

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

Su dolor sacudía los árboles,
los dejaba sin flores,
sin nidos,
sin cuervos,
sin colores.

Su dolor provocaba tempestades:
las ballenas perdían a sus madres,
y las orcas desprendían sus carnes.

Su dolor desgarraba paredes,
oxidaba ventanas,
pudría las maderas,
manchaba vitrales.

Su dolor germinaba en el miedo,
anidaba en el insomnio,
en las ansias de lo desconocido
y en sentirse lo conocido,
en el sueño infinito
que se sabía
más bien maldito.

Su miedo se manifestaba en ecos,
en el reloj latiendo,
en la sangre a presión;
en el tiempo de ruidos nocturnos,
en el silencio de la madrugada,

en el sonido del bote metálico azo-
[tando en la privada];
en las hojas en blanco
en espera de la tinta
que les da valor;
en la noticia que le ayude
a gritar a todo pulmón.

Su miedo le acariciaba
en la nostalgia,
en la copa vacía
de la soledad de un largo día;
en lo desagradable de buscar consuelo
y encontrar recuerdos;
en repetir el vinilo hasta encontrar
[los pensamientos
que olvidó decir.

El miedo yacía en su alma,
en la vida diaria,
en no pensarlo para no llorar,
olvidarlo para estudiar,
ignorarlo para respirar,
porque, para mantener cristales,
le era más sencillo bailar con él
que subyugarlo y reencarnar.



Fade Away, Will Wilson.



Sleep Paralysis, Antonio de Jesús Zamarripa de Luna.



Una gota¹

Flor Lizeth Zacarías Moreno (Losh)
Maestra en la Lic. en Docencia del Inglés UAA

Una gota de agua sube por los peldaños de la escalera. ¿La oyes? Acostado sobre la cama en la oscuridad, escucho su camino arcano. ¿Cómo lo hace? ¿A brinquitos? *Tic, tic*, se escucha intermitentemente. Luego la gota se detiene y pienso que quizás por el resto de la noche ya no sepa de ella. Pero no, sube. De peldaño en peldaño continúa subiendo, a diferencia de las otras gotas que caen perpendicularmente, de acuerdo con la ley de la gravedad, y finalmente hacen un pequeño chasquido muy conocido en todo el mundo; ésta no: sube lentamente a lo largo del ojo de la escalera “letra E” del interminable pedestal. No fuimos nosotros, adultos refinados y sensatos, quienes la señalaron, sino una sirvienta del primer piso, una pequeña criatura escuálida e ignorante. Se dio cuenta una noche, ya tarde, cuando todos ya se habían ido a dormir. Después de un rato no pudo contenerse, se levantó de la cama y corrió a despertar a la señora.

—Señora —susurró—. ¡Señora!

—¿Qué pasa? —dijo la señora, volviendo en sí—. ¿Qué pasa?

—¡Hay una gota, señora, una gota que sube las escaleras!

—¿Qué dices? —preguntó la señora pasmada.

—¡Una gota que sube los escalones! —repitió la criada que estaba a punto de llorar.

—Cálmate —imprecó la señora—, ¿estás loca? ¡Regrésate a la cama, Marsch! Bebiste demasiado, te descubrí, sinvergüenza. ¡Desde hace un tiempo todas las mañanas falta vino en la botella! Sucia horrible, si crees...

1 Traducción del cuento “Una goccia” de Dino Buzzati, dentro del compendio *Paura alla scala*. Italia, 1949.



Pero la muchachita se había escapado y ya estaba envuelta otra vez entre las sábanas. “Quién sabe qué le habrá pasado por la mente a esa estúpida”, pensaba la patrona, en silencio, después de haber perdido el sueño. Y escuchando involuntariamente la noche que dominaba el mundo, ella también escuchó el ruido extraño. Una gota subía las escaleras, efectivamente. Celosa de su condición, por un momento la señora pensó en salir a ver. Pero, ¿qué podría haber encontrado a la miserable luz de las lámparas oscurecidas?, ¿los barrotes de la barandilla? ¿Cómo rastrear una gota en medio de la noche, con ese frío, a lo largo de las rampas tenebrosas? En los días siguientes, de familia en familia, la voz se extendió lentamente y ahora todos lo saben en la casa, aunque prefieren no hablar de ello, como si fuese algo tonto de lo que tal vez deberían avergonzarse. Ahora muchos oídos permanecen tensos, en la oscuridad, cuando cae la noche, para oprimir al hombre. Y hay quienes piensan una cosa y quienes piensan otra.

Algunas noches la gota calla; pero otras veces, durante largas horas, no hace más que moverse, sube, sube, y pareciera que no se detendrá más. Los corazones se agitan en cuanto el paso suave parece tocar el umbral. Menos mal, no se detuvo. Óyela cómo se aleja, *tic, tic*, encaminándose hacia arriba. Estoy seguro que los inquilinos del entresuelo piensan que ya están a salvo. La gota –según ellos– ya ha pasado frente a su puerta y no tendrá más oportunidad de molestarlos; otros, como yo, que estamos en el sexto piso, sí que tienen motivos para inquietarse. Los del entresuelo ya no más; pero, ¿quién les dice que en las próximas noches la gota reanudará el recorrido desde el punto donde llegó la última vez, o mejor dicho, no volverá a empezar el viaje desde los primeros escalones, siempre húmedos y oscuros de abundante basura? No, ni siquiera ellos pueden mantenerse seguros.

Por la mañana, al salir de casa, se observa cuidadosamente la escalera, por si acaso quedó rastro. Nada, como era previsible, ni siquiera la menor huella. El resto de la mañana, ¿quién se toma en serio esta historia? En el sol del día el hombre es fuerte, es un león, incluso si unas horas antes se estremecía. ¿O será que los del entresuelo tienen razón? Nosotros, los demás que no oíamos nada antes y nos manteníamos exentos, desde hace algunas noches también empezamos a escuchar algo. La gota todavía está muy lejos, es verdad. A nosotros sólo nos llega un ligerísimo *tíc, tíc*, un eco débil a través de las paredes. Sin embargo, es una señal de que está subiendo y acercándose cada vez más. Incluso dormir en una habitación interior, lejos de la escalera, no sirve de nada. Es mejor escuchar el ruido, en lugar de pasar las noches con la duda de si ahí está o no. Aquéllos que viven en esas habitaciones protegidas a veces no pueden resistir, se deslizan silenciosamente por los pasillos y se paran en la antesala, congelados de terror, detrás de la puerta, aguantándose la respiración, escuchando. Si la escuchan, ya no se atreven a alejarse, esclavos de un temor indescifrable. Peor aún si todo está tranquilo; en este caso, ¿cómo excluir la posibilidad de que, en cuanto regresen a acostarse, no comience el ruido?

Qué vida tan extraña, entonces. Y no poder ni quejarse, ni intentar remedios, ni encontrar una explicación que desentumezca los ánimos. Y ni siquiera poder persuadir a los otros de las demás casas que no saben de esto. Pero, ¿qué será entonces esta gota? Preguntan con exasperante buena fe, ¿tal vez un ratón? ¿Un animalito que sale de las bodegas? No, en serio. Y entonces, insisten, ¿será una alegoría? ¿Podríamos decir que simboliza la muerte? ¿O algún peligro? ¿O los años que pasan? En absoluto, señores: es simplemente una gota, una gota que sólo sube las escaleras. ¿O sutilmente se quieren representar sueños y quimeras? ¿Las tierras soñadas y distantes donde se presume la felicidad? ¿Algo poético, en resumen? No, absolutamente no. ¿O los lugares más lejanos aún, en el borde del mundo, a los que nunca llegaremos? Pero no, les digo, no es una broma, no hay un doble significado, desgraciadamente se trata sólo de una gota de agua, por lo que se supone, que por la noche sube las escaleras. *Tíc, tíc*, misteriosamente, de peldaño en peldaño. Y por lo tanto tenemos miedo.



Hambre, Gabriela Alcolea González.

El llanto de la Damasquina

Abraham Cortés Regalado

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 4º semestre

Hoy visité el río pa' creerme la mentira de que algún día volverías, Arnulfo. Estaba muy tranquila la mañana cuando te mataron allí sobre las piedras, vaya que si me acuerdo, que por haberle pedido un poco de caridá al patrón, nomás por eso te echaron a los puercos un día cuando las aves pregonaban por tu muerte, sin detenerse siquiera a pensar en todo el cariño que nos prometíamos uno al otro. ¿Por qué tuve que perderte, Arnulfo? ¿Por qué no me esperaste? Ora ya no sé qué hacer con el tiempo que me queda, ni cómo abrirle el pecho al chamaco pa' buscarle el valor que su padre le tuvo que haber enseñado. Nomás por eso te guardo coraje; ahí lo ves mendigando por un racimo de uvas todos los días, se limita a su pobreza sólo por tu último ejemplo. Que al cabo su apá haría lo mismo, ¿tú crees eso? Por eso te maldigo, Arnulfito.

El pan no se encuentra en el sol mientras yo estoy aquí parada frente a tu sepultura, esperando a que el tiempo me carcoma el alma. Que uno puede despedirse de su gente querida, ya que la muerte concede –según los más inocentes– aquel deseo. Pero ya ni eso pude entregarme, sólo me regalaste el mísero momento cuando tuve que sacarte del río, agujereado como el camposanto pa' después predestinarme al regreso de los mismos lugares, siempre con miedo. La noche en que tuve que ponerme precio fue igual de dolorosa cuando tuve que enfrentar el verdadero presente de tu ausencia... Ojalá que las aguas en donde caíste me guarden algo de respeto y deuda, ellas son las únicas que sintieron mis lágrimas cuando todos sintieron mi cuerpo que, por cierto, también era tuyo. Pero eso no es todo, cada vez que me apretaban los pechos y buscaban en ellos la leche, pude llegar a sentir tus dedos acariciando mis pezones. Y me duele tanto saber que todo era una simple farsa, que ya el tiempo se ha ido y muy bien se sabe que no vuelve.



El marido muerto, la esposa puta y el niño cobarde. Dime si no debo temer por el porvenir de lo que resta de la familia. Total, la dignidad se puede comprar y vender, eso ya nos queda muy claro, pero ¿cuánta de ella me hace falta pa' convencer a la muerte de tu llegada? A menudo creemos que la culpa ajena es la causante de nuestra desgracia, tal vez sea cierto, tal vez no, cómo saberlo. Y pa' evitar el mismo camino pienso llevarme al chiquillo muy lejos de aquí, quizá por los rumbos del viñedo pa' que disfrute cortando todas las uvas que quiera. Por eso vengo, Arnulfo, pa' despedirme. Tengo el derecho y además merezco una buena vida, lejos de la desgracia y más lejos todavía de tu tumba, que vergüenza me da nomás de verla.

¿Sabes? Nunca te había hablado desde el corazón, es algo que debo confesarte. Creo que se debe a lo bien muerto que estás. ¡Pobre de ti, Arnulfo! Perdiste la vida y ahora a tu familia. Te convertirás en el muerto más olvidado de todo el San Juan, pero no te compadezco, algún día volveremos a vernos y será allí donde me demandes la cuenta, antes no. Pienso dedicarme a la costura o a lo que se pueda, menos andar de turra. M'ijo se irá a chambear a las cargas de frijol, lo quiera o no. Ya estuvo bueno que nos andemos partiendo la espalda por tu codiciada caridá al patrón. ¿Pero sabes una cosa? Te lo agradezco. Fue gracias a tus súplicas que entendí algo muy importante: los hombres también temen, nomás se hacen los machitos frente a la vieja y la cría, por conveniencia, quiero creer, o por algo que les haga enaltecer su hombría. Y siendo así, si bien tengo la razón, dime de qué sirvieron tus recias palabras y aquella dura postura, si nomás te condujeron a la perdición. Nomás pa' eso sirvió, pa' llevarte al entierro y a un novenario donde las oraciones apenas si Dios podía escucharlas. Y por eso también tengo miedo, tú representabas la firmeza, o por lo menos un intento de ella, y sin tu inmóvil sentimiento yo no sé cómo llevar a cabo esta vida que me toca.



La mujer de madero, Kevin Rodriguez Sandoval (Blackout).

Hoy vi mi sombra permanecer sobre el andar de los juncos, ellos me contaron las intenciones del viento y del llanto de la damasquina que podrida moría sobre tu epitafio. Fue cuando me acordé que un día tuviste cuerpo, de que no eras sólo un montón de escarcha esparcida por los rumbos vacíos de la casa, recordé que eras real... Y mientras la sombra del chamaco se alargaba hasta alcanzar la noche, yo procuraba hacerme la fuerte bajo las sábanas, pero no podía, siempre terminaba por darle a la oscuridad una figura muy parecida a la de tu rostro. Era allí donde más falta me hacías, pos qué iba a saber una entre lo que era sueño y lo que era realidad.

Creo que nunca aprecié verdaderamente un día a tu lado ahora que veo a las otras mujeres pasear a la par del marido por la placita del San Juan, y eso me hace sentir... pos ya sabes, mal. ¿De qué otra manera te lo explico? Lo único que no cambia en esta vida o en la otra es eso: el nudo que se enrosca en la garganta cuando se ha perdido el amor, cuando se empieza a temer por lo venidero, de que se repita una y otra vez la imagen de tu cuerpo descansando bocabajo sobre el agua. ¡Mira que rápido se nos fue la pasión y la vida! ¡Mira tú la forma en que actúa la suerte! ¡Pasa con maña las fichas, haciéndonos creer que todo se debe a la cuestión del azar!

El otro día me topé con el cura, quiso bendecir el agua del florero pa' que la choza no se viera aún más triste, por si algún día venías a visitarme, algo que tampoco hiciste conforme a los años. Me imagino que por bochorno, ¿de qué otra cosa sería? Si no, allí te hubiera esperado en la mesa, con algún pan de canela repleto de azúcar, acompañado, si querías, con un poco de caña y atole. Habría hecho de todo pa' que te quedaras, sólo por ti me hubiera olvidado de mis anhelos, de mi nombre, y sí, hasta de que soy mujer. Por mí que se quede la muerte con sus reglas, pero que me devuelva la mitad de la vida que me robó.

Ay, Arnulfo, no sabes cuánto me duele, de verdad no tienes idea de lo mucho que me has partido el alma. Hace tiempo te vi en el reflejo de la mañana, viniste a despertarme con pequeños golpecillos sobre el cristal, y pregunté por ti sin obtener más respuesta que la del murmullo del viento. Ese día me remontaste a los tiempos en que tu voz rasgaba con suspiros las plantas de mis balcones, cuando éramos jóvenes enamorados, sin más admiración que la de nuestros ojos brillando a la par de la memoria. ¿De qué sollozaba una? ¿Con qué razones podía alcanzarla la amargura? ¿Bajo qué condiciones le cobraba la vida por los años? ¿De qué se podía adolecer una mujer allá cuando latía el corazón?

En verdad digo que no hay peor enfermedad que el tiempo, y lo pienso porque pa' eso no hay cura alguna que pueda detenerlo o alentarlo, ni siquiera las plegarias; tan sólo permanecemos sentados bajo el cielo, aguardando la llegada de la noche y las estrellas —aunque todo eso parece no tener importancia cuando tú ya no estás a mi lado pa' observarlas—. Sé que es simple todo lo que te reprocho, pero son las cosas más pequeñas lo que más echo de menos. Cada vez se alejan más las tardes de la marimba, el color de las flores que me llevaste a escondidas de mis padres o nuestro primer beso en el palenque mientras apostábamos por ese gallo, cuyo nombre ya ni recuerdo. Pero lo que más tengo miedo de olvidar cuando me vaya del San Juan es la primera vez que hicimos el amor, nos aferramos tan fuerte de la carne que ya nunca más nos quisimos soltar, y ahora ve cómo están las cosas, cada quien por su lado, dispersos en otro sitio. Y yo ya no sé ni qué sentir o pensar, simplemente estoy aquí parada, delante de ti, regalándote la última muestra de mi cariño, el cual me reservaré de ahora en adelante sin querer o poder extinguir, porque me has quitado el añoro, porque siempre te veo en aquel sangrante río, y cada vez que me llegan los recuerdos, me vuelve la impotencia y se me quitan las virtudes.

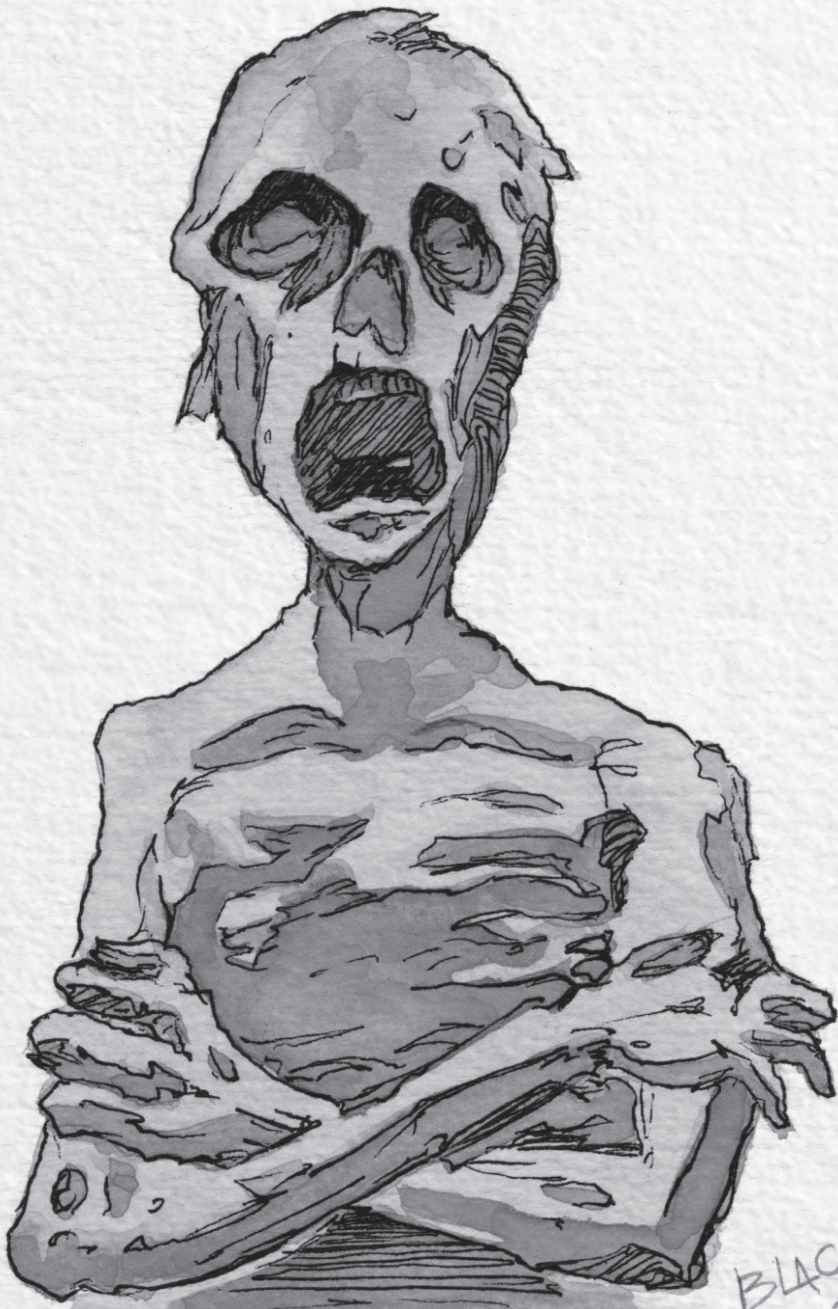
¿Qué más puedo decirte? Ya me he desahogado por todo, pero a la vez siento que nada se ha aclarado entre tú y yo, no es como si todas las sequías del alma pudieran desaparecer con facilidad, bueno fuera... Pero no me avergüenza sentir miedo, creo que aún tengo las fuerzas pa' remediar todo, de una vez por todas, y si las exigencias de un nuevo comienzo traen cosas más difíciles, pos ni modo. Me criaron como una mujer firme, pero lo había olvidado contigo, había olvidado tantas cosas, y fue como si se hubieran quedado en mi cabeza tan frescas, cuando surcaron la tierra pa' que descansaras. También eso oigo por las noches, el ruido que hacía la tierra sobre tu “ataúd” (si es que pudiéramos considerarlo así). Y cada vez que pasa, no dejo de pensar en cómo lucirá tu rostro allá abajo, entre lo más oscuro. ¿Qué cambios ha tenido desde entonces? ¿Por qué me persigue la imagen de tu desfiguro? ¿Por qué me has hecho escuchar las burlas del río todos los días?

Dicen mis comadres que se quiere más a las personas cuando fallecen, que la muerte irónicamente crea un vínculo más cercano, pero contigo yo no he sentido nada de eso, tú te fuiste y ya, mientras que yo continué esperándote... Aunque toda la sangre sea roja y no haya a simple vista diferencia entre una y otra, cuando amas demasiado a una

persona hasta eso le sabes reconocer, sabes distinguir el color de los ojos, el de la piel y hasta los bamboleos del corazón, pero ¿quién te sabe diferenciar la sangre, Arnulfo? El único miedo real es el cotidiano, no hay otro que sea más punzante y doloroso con las personas, quienes olvidan lo vulnerables que realmente son hasta que este tipo de cosas suceden. Te destruye la muerte, eso bien lo saben los vivos mejor que los muertos. La vida desapareció contigo, y se me hace injusto que me pagues las molestias con este silencio tuyo, pos es una gran mentira que las personas se convierten en polvo; el necio destino apaga la flamita del pecho transformando al cadáver en piedra, por eso la muerte es una hábil mentirosa y los vivos sus más absurdos seguidores. Pero a pesar de todo, juramos amarnos, y pretendo seguir cumpliendo mis votos hasta quebrarme con las fantasías de tu regreso.

Me gustaría quedarme, Arnulfo, pero no puedo. Sé que nunca te gustó que te trataran con lástima cuando comenzaste a envejecer, y es algo que ahora no puedes evitar. Te extraño, pero debes comprender que también te guardo lástima. Y que resulta muy duro pa' mí despertar todos los días olvidando cada vez más el dulce sabor de tus labios, porque, lo creas o no, es lo que más duele. No hay en realidad un crecimiento, nada puede superarse. La llaga es tan profunda que todos se convierten en mentirosos cuando aseguran que el tiempo es la única curación. Y por eso te odio, Arnulfo, por haberme sacado estas lágrimas y hacerme quedar con ellas pa' siempre, como si se trataran de collares de los cuales resulta fácil ponerse pero jamás quitarse.





BLACKOUT
2016

Momia de Sangre, Kevin Rodríguez Sandoval (Blackout).

Lo que ella quiso

Enma Ai

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 2° semestre

En sus últimos momentos de vida la recordó, con el cabello infernal al viento y los ojos cafés como tierra árida; color que antes era dulce, cual azúcar morena. Con tal memoria también retornaron las palabras secas en aquel papel con olor a acónito:

A ti:

No te deseo el mal, sino el limbo entre el averno y el cielo. La tediosa rutina del tictac de las horas, siempre constante, siempre a tiempo.

No te deseo ni una onza del sufrimiento que me causaste, mas tampoco la dicha existente al final de un largo tormento. Que no sientas ansiedad, angustia o miedo, sensaciones acompañantes de destinos inciertos. Quiero para ti un hado puntual, un hado certero.

Deseo que todo te sea agradable, sin embargo, nada encantador halles; pues ansio que tus ojos vean el mundo con suma claridad y nada ni nadie despierte en tu alma admiración; que ésta se mantenga dormida, aletargada, embebida en la ambrosía de la certeza absoluta.

Anhelo para ti una vida sin horrores que hagan temblar tus piernas o aceleren tu corazón. Donde los monstruos de ti se abstengan, y encuentres sólo obscuridad en las tinieblas, sólo resplandor en la luz; ni sorpresas, ni misterios que incomoden tu espíritu. Aunque duermas siempre en calma, no conocerás el alivio de la resolución favorable, o la calidez de la compañía amable en la lobreguez de una noche en vela.

Espero que las lágrimas no acudan a tus ojos, ora por tristeza, ora por alegría. Que no llores pérdidas amargas o pinchazos de agonía, y las memorias felices

no te commuevan al no tener ninguna que recordar. Quiero que no duelas a seres amados, cenizas de amores o la sombra de un buen amigo, sin embargo que ellos no te duelan por ti; nadie te olvidará si no tienen razones siquiera para recordarte. El destierro estará fuera de tu lista de opciones, tal como el odio, aunque el cariño sincero tampoco será una posibilidad futura.

Ansío tu exención de los fracasos, también la de los éxitos, y aún más la de la suerte; la habilidad promedio en todo lo que te propongas, pero nunca la excelencia coseches. Que seas perfecto a la justa medida, incapaz de la imperfección que da pie a la grandeza de cualquier corazón.

Te deseo un andar sin contratiempos, sin el esfuerzo que nutra el sudor de la frente y la flexibilidad de los dedos; sin frustración, desconocimiento también del gozo inherente al ver los frutos del trabajo con pasión.

Quiero para ti un vaso lleno, como si conocieses de todo, sin saber realmente nada a profundidad; una copa colmada con nimiedades, guías en el camino recto, estrecho, sin adornos u obstáculos para que nada te indisponga, mas nada disfrutes al ser ineficiente para desear.

Ojalá te establezcas a la deriva de la vida, sobreviviendo en la mera existencia, como un náufrago sin marea que te acerque a tierra firme o tormenta que te hunda. Pronostico para ti una única leve añoranza de un cambio; una estrella quizá, pero poco valor para perseguir tal mínimo malestar.

Gastarás, espero, tu aliento en la marcha cotidiana, consistente de repeticiones sin requerimiento de fuerza; la inconsciencia que acompaña tal causa. Ten una vida quieta, al no pensarte, lejos de maldiciones o bendiciones que obligan a ser reflexionadas. Deseo que no cometas pecados y la culpa no clave sus afilados colmillos en ti, así como el rechazo rechace hacerte compañía. Sin embargo, que el perdón tampoco consuele tu espíritu doliente, ni la calidez de la mirada misericordiosa percibas.

No te deseo el mal, créeme, pues éste da cabida a la compasión, a la empatía, mismas que no existen en la suspensión de tu actuar lineal, perpendicular al de conocidos o extraños. Anhelo para ti la calma de un pasado sin fantasmas y un futuro sin alteraciones en la trama. Inexistencia de comas o puntos y aparte, solamente puntos finales en las oraciones que escribas.



El Cuervo, Kevin Rodríguez Sandoval (Blackout).

Que tus años se gasten uno a uno en cosas creadas con destreza muy suficiente, mas nunca admirable, y así huella de ti no quede; cada acción tuya se convierta en ceniza arrastrada por el aire del tiempo.

¿Cuál respuesta esperabas cuando te despediste? ¿Añorabas palabras hirientes? Ésas que crecen en la sangre que escurre de las heridas traidoras. ¿Ansiabas lágrimas en mis ojos para alimentar tu ego con gotas tristes o desesperadas? Deberías saber, esas emociones se ocultan a la sombra sincera del amante y a la correspondencia insensata, tal como la conmiseración se guarda entre las ramas envenenadas del horror. Tú... tú no eres digno ni de uno ni de otro, pues te estableciste en la cima del riesgo nulo, el observador atento e incapaz accionista. En aquella lejanía, sobre tu trono, la incertidumbre no se impregna en lo hondo de tus entrañas o los rizos de tu cabellera.

Te quedarás siempre sobre la niebla que rodea las promesas con intención de ser respetadas o el compromiso intrínseco en las palabras sinceras. Ahí, donde Dios te vomita y el diablo te niega. Deseo para ti el papado de la tibia indiferencia que como religión profesas.

Pese a ello, no tengo razones siquiera para anhelar tales deseos, pues tú mismo al purgatorio te ataste. Tú eres el único autor de tu cuento existencial y miserable.

No te deseo nada, sigue existiendo.

Él pensó, cuando la lluvia musicalizaba su último aliento:
“Su deseo se cumplió”.

Miedo

Ma. Isabel Rodríguez

Antropóloga en el Colegio de Bachilleres de Cancún

Temblores estremecen la cabalidad socavada,
estertores trastornan los cuerpos de la sociedad.
Nadie lo sabe... nadie lo entiende.
Cotidiano se muestra, complaciente,
se introduce por orificios, taladra entrañas
y se convierte en ti.

Trémula natalidad que bifurca
el curtido miedo ancestral.
Miedo que permea el respirar,
que alienta el continuo brío matinal
ya decapitado, ya aquilatado,
trivializado, inerme e indeleble.

Formas fantasmales pululan
apegos al miedo diseminado
que se intercambia, se vigoriza,
se insufla y se estandariza.
Visualizado a cada instante,
enmarcando matices claroscurios
en la risa, la alegría, la elocuencia
hasta aterrorizar.

Agazapado en las ideas
artilugios muestra
en cada voluta emanada:
blasfemia, bendición,
anatema o desilusión, conspirando
para la confusión social aplacar.

Miedo te llamas, te apellidas,
apodos múltiples tienes: pavor, pánico,
angustia, agobio, cobardía, desasosiego,
ansia, desconfianza...
¿Identificado estás?

Ciudadanos van y vienen,
cruzan calles, avenidas y callejones,
encuentran oscuridad y vejaciones.
Inhalan la acostumbrada duda,
partícipes de la indiferencia,
lúgubres figuras sanguinolentas
esmeriladas en la razón
y la existencia.

La *ciudad miedo* alimentada diariamente
emerge vigorosa, sostenida, apabullante.
Pilares se cuentan por millones, acoplados,
engullidos vertiginosamente.
Emociones, ideas, sensaciones,
percepciones, al unísono repiten
en angelical estremecimiento:
“Miedo nuestro de cada día”.



Te observo en el grito, Mauricio Jesús Caballero Chávez.



Gaman, Mauricio Jesús Caballero Chávez.





Lumière

Avelina

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 2º semestre

Esa noche, Marie entró al cuarto de baño sin ánimos, caminaba encorvada y con una mano en las costillas. Como de costumbre, al abrir la llave de la bañera, el agua empezó a caer de forma estrepitosa; el sonido que antes le era delicioso, ahora la perturbaba: el sobresalto que le causó el ruido la llevó a rodarse a sí misma con los brazos. Tenía miedo. Con gran trabajo se despojó de sus ropas, pero esta vez no se preocupó por cubrirse con una bata.

Al entrar en contacto con el agua caliente, sus músculos tensos comenzaron a ceder, hasta que la sensación se vio opacada por la intensa punzada que sintió debajo del seno izquierdo. Cuando sumergió la cabeza en el agua, advirtió la ausencia de luz en el lugar, ¿había olvidado encenderla? No lo recordaba, pero disfrutó la oscuridad unos cuantos segundos, hasta que, como una fuerte chispa, la memoria de lo acontecido antes de llegar a casa la dejó nuevamente inmóvil.

La herida le dolía más y más. Era evidente que un líquido cálido y espeso emanaba de ahí. Podía sentir un ardor que se propagaba en todo su cuerpo, lo cual le hacía cerrar con fuerza la mandíbula y rechinar los dientes. La respiración ansiosa y el latir acelerado del corazón le hicieron descubrir lo aterrada que estaba. Sabía que él vendría por ella: el hombre. Al cerrar los ojos podía verlo afuera. Su cuerpo tembloroso producía un leve sonido al contacto con el agua.



Cuando salió de la bañera, dejó un rastro de agua detrás de ella, y no se preocupó por andar desnuda; en su mente, su madre la castigaba por ir descubierta y en otro momento la hubiera atestado de vergüenza, pero ahora no existía nada: sólo Marie en medio de un cuarto de baño... y un terror, por costumbre, silencioso.

La luminaria de la gran luna llena que se filtró por la ventanilla permitía distinguir un tono carmesí en toda la bañera. Una vez fuera de ella, se aferró a la perilla de la puerta. Adoraba contemplar ese rayo de luz escabulléndose al abrirla.

Desde el exterior, sólo se pudo escuchar un estrepitoso golpe en el cuarto de baño... Esa noche la puerta no se abrió, los ojos de Marie no verían de nuevo la luz entrar.





Infracueducto Estiga, Will Wilson.

ÍNDICE DE IMÁGENES



El Extranjero

5

El miedo es una casa
sin ventanas

10



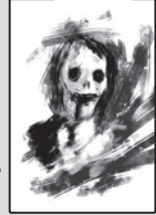
Hambre

29



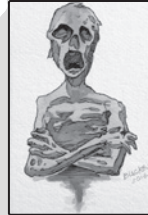
La mujer de madero

32



Momia de Sangre

36



Natura silente vigila

14



¡Huye!

18

La niña en la escalera

21



El Cuervo

39



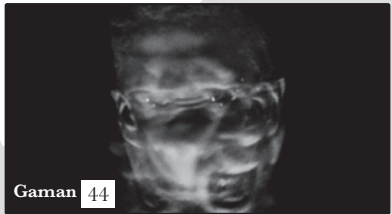
Te observo en el grito

42



Fade Away

23



Gaman

44



Infracueducto Estiga

48



Sleep Paralysis

24

PIROCROMO

50

#16 MIEDO